

CAPITALISMO, HUMANIDADES Y PANDEMIA

Grínor Rojo de la Rosa

GRÍNOR ROJO DE LA ROSA

Doctor en Filosofía por la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Ensayista, crítico cultural y literario, es Profesor Titular en el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, del que fue director hasta 2010, y en el Departamento de Literatura de la misma Universidad. Ha enseñado en diversas universidades de América Latina, Europa y Estados Unidos y es autor de numerosas publicaciones sobre temas de su especialidad. Su último libro se titula *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena*, vols. I y II. Santiago de Chile, LOM, 2016.

CAPITALISMO, HUMANIDADES Y PANDEMIA

Mi argumento en este ensayo es que existe una correlación efectiva e inversamente proporcional entre la extensión y operaciones de un sistema económico capitalista ya instalado, la vigencia decreciente de las humanidades, tanto en la conciencia de las autoridades como en la del público en general, y por lo menos una de las dos líneas de ataque que se están empleando para combatir la pandemia del Covid-19.

Se trata pues de términos que a mi modo de ver no son compatibles, ya que las victorias del primero ocasionan más temprano que tarde las derrotas de los otros dos. Con tres precisiones añadidas: que a planteamientos humanistas diversos han correspondido estadios asimismo diversos en la trayectoria de las actuaciones pasadas del capitalismo internacional y que tales planteamientos difieren por lo mismo del que nosotros necesitamos discurrir y aplicar aquí y ahora, que es cuando ese sistema se nos presenta con características renovadas y, creo yo, más deletéreas que nunca. En segundo lugar, considero que la contradicción a la que aludo, que es una constante en la historia moderna de Occidente y que los pensadores de Frankfurt leyeron como un conflicto entre la razón instrumental y la razón emancipadora, no puede menos que acrecentarse en los países de la periferia, como los nuestros, los latinoamericanos, ya que por razones estructurales allí (aquí) no está previsto que sea ni necesario ni conveniente pensar con profundidad. Por último, observo que la planificación de las dos grandes líneas de ataque que nuestras autoridades emplean hoy para combatir la pandemia del Covid-19 no puede escapar a este debate, así como tampoco podrá hacerlo al mucho más importante que seguramente tendremos con posterioridad.

Respecto de lo primero, sabemos que el capitalismo traslada la lógica epistémica sobre la autonomía del sujeto, misma que se halla expuesta desde siempre a degenerar en el egoísmo individualista más feroz, a la esfera económica (o quizás sería mejor argumentar que el capitalismo traslada su lógica económica a la esfera ideológica), de lo que se desprenden varias conclusiones. Entre estas, es clave, a mi juicio, la que sostiene que la riqueza material debe generarla la iniciativa privada y mantenerse en esas manos y no (o no solo) por la codicia o por el antojo de aquellos que la poseen o que desean poseerla, sino porque ese es su lugar “natural”, lo que en buenas cuentas nos está queriendo decir que mantener el orden capitalista sin alteraciones acarrea beneficios para la sociedad en su conjunto, que el mayor bienestar de la misma depende de que así se proceda. El capitalismo es el mejor sistema económico que ha habido y habrá, se nos instruye entonces, porque es

aquel que se condice con las inclinaciones profundas de la naturaleza humana y nos ofrece por eso iguales oportunidades a todos y a todas para la consecución de nuestra felicidad. Mantenerlo vivo y robusto es, por lo tanto, una decisión que no hay que discutir.

Que los datos duros demuestren lo contrario, que según un informe de la FAO, hecho público en Nueva York el 15 de julio de 2019, es decir, varios meses antes del estallido de la pandemia del Covid-19, dentro de la geografía del mundo controlada por el capitalismo y en la que habitan unos 7.000 millones de personas, en 2018 había 820 millones “que carecían de alimentos suficientes”, por arriba de los 811 millones del año anterior” (513.9 millones en Asia, 256.1 en África y 42.5 en América Latina)¹ y que aun en Estados Unidos, en 2019, esta vez de acuerdo con las cifras del FMI, haya habido 46 millones de pobres², uno por cada siete estadounidenses, no le hace mella al dogma. Tampoco se lo hace el que esos números se estén doblando o triplicando debido a la propagación de la pandemia³, con las autoridades preocupadas de las consecuencias que esta va a tener para el “crecimiento económico”, pero sin que el desastre haya modificado su manera de pensar. Tratan así de retornar a un estado de cosas que facilite el despliegue de las actividades mercantiles de la manera en que siempre lo han hecho, cuanto antes mejor, como si nada hubiese pasado, se diría que con más ahínco mientras más grandes son los desafíos.

Para eso, el capitalismo necesita concentrarse en la potencialidad productiva humana y natural, sobre todo concentrarse en que la clase trabajadora (o el sector de la clase trabajadora que a él le sirve) se encuentre sana y esté disponible, lo que permite obtener la máxima ganancia. El único tope para sus emprendimientos es ese: el que le fija la mantención de la fuerza laboral en condiciones óptimas, tanto como la mantención en las mismas condiciones de los elementos, las materias primas y las máquinas a partir de los cuales el trabajo se ejecuta.

Extraerles al trabajo humano y a la naturaleza cuanto provecho sea posible constituye entonces la faena que el capitalista entiende que es la suya; que esta y no otra es la encomienda que Dios le ha asignado en este mundo y que su única preocupación debe ser la de explotar el origen de su riqueza de una forma tal que le permita obtener de los humanos y las cosas el mayor rendimiento.

1. En línea: <http://www.fao.org/news/story/es/item/1201670/icode/>

2. En línea: <https://www.imf.org/external/pubs/ft/ar/2019/eng/assets/pdf/imf-annual-report-2019-es.pdf>

3. “El número de personas que sufren de hambre en el mundo podría duplicarse, ‘llegando a más de 250 millones para fines de 2020’, advirtió el 21 de abril el Programa Mundial de Alimentos (PMA, de la ONU)”. En línea: <https://www.france24.com/es/20200422-pandemia-hambre-crisis-covid19-economia-desigualdad-desempleo>

Así, cuando el capitalista se interesa por la buena salud de los trabajadores no es porque sienta por ellos un cariño especial (puede que lo sienta, pero no lo siente *en tanto* que capitalista), sino porque no quiere que dejen de serle útiles, porque no le conviene que la fuerza de trabajo desaparezca o disminuya más de lo que es bueno para el éxito de sus actividades. De paso, los desempleados, que son la fuerza de trabajo “de reserva”, constituyen una póliza de seguro ante la eventualidad de esa desaparición posible, a la vez que un mecanismo perfecto para el chantaje a la fuerza de trabajo que se encuentra ahora en funciones y que vive con el temor permanente de que si se da el caso va a ser reemplazada por aquellos que se encuentran sin empleo. Para el capitalista, la cesantía y el trabajo informal no son entonces un inconveniente del que él tendría que ocuparse, sino un factor más de su conveniencia. Cuando, por otra parte, ese capitalista cuida a la naturaleza es cuando está utilizando materias primas renovables que él sabe que es de su interés proteger (no escasea la torpeza devastadora, sin embargo, de la que América Latina tiene docenas de ejemplos: la plata, el pau Brasil, el quebracho, el caucho, etc.).

Esta expectativa y este trato con los “recursos” humano y natural son frontalmente contradictorios con el quehacer de las humanidades. Las humanidades, en tanto modeladoras de nuestra conducta y objeto de disciplinas especializadas del conocimiento, existen porque desde atrás las alimenta una cierta idea acerca de la magnitud y la dignidad de “lo humano”. Esa idea fundante de sus intervenciones sostiene que las personas son personas y no recursos y que por eso valen no solo por el rendimiento mercantil que puede extraérseles, es decir, no por su funcionalidad como productores y compradores de mercancías, sino por (en) la entera dimensión del horizonte en que son capaces de objetivar su potencial. Correlativamente, sostiene que la naturaleza está ahí para que, a sabiendas los miembros de la especie de cuanto ella nos concede y nos concederá —a las generaciones de hoy tanto como a las venideras, siendo este segundo el principio de la reciprocidad intergeneracional en su mejor expresión—, y sin perder de vista el estatuto de fraternidad que por ello demanda, satisfaga nuestras necesidades.

Como decía, mi argumento en este ensayo es que el quehacer humanista, ya sea como pauta de comportamiento para los ciudadanos en general o como objeto de estudio para un haz de disciplinas especializadas, la filosofía, la historiografía, los estudios literarios o lingüísticos, no es compatible con los objetivos del capitalismo así entendido y menos aún en la coyuntura histórica presente. Para ponerlo en términos técnicos, le recuerdo ahora al lector que el foco del celo del capitalista no está puesto en el valor de uso, que es el resultado del proceso de trabajo, sino en el valor de cambio, que es el resultado de la valoración del capital, y que la sencilla consecuencia que eso tiene es que al capitalista el ser humano le concierne menos por lo que es que como un medio para generar unos objetos cuyo valor

se determinará no de acuerdo con el esfuerzo empleado en producirlos o de la falta que pueden hacerle a una comunidad, sino por la demanda de quienes poseen el dinero para comprarlos. Ellos/as son los consumidores/as, y la plusvalía de lo que pagan le sirve un grupo selecto de individuos para incrementar el peculio, aun cuando eso se efectúe bajo el noble supuesto de que no otro es el orden natural de las cosas y el más beneficioso para todos.

He ahí la dinámica profunda del sistema, sobre todo en su configuración contemporánea. Un sistema para el que la cultura del comprar y del vender, según la acusación de Slavoj Žižek, es “cada vez más un ingrediente central de nuestra economía ‘real’ dominante [...] compro mi forma física visitando gimnasios; compro mi iluminación espiritual apuntándome a cursos de meditación trascendental; compro la satisfactoria experiencia de mi compromiso ecológico adquiriendo sólo fruta orgánica, etc.”⁴.

Y he ahí el capitalismo contemporáneo en su pretensión de mercantilizar cuanto existe sobre la faz de la tierra.

Y si las humanidades se apartan de esta postura ideológica es porque han descubierto y apelan a una percepción de la condición humana que es menos mezquina. En esa diferencia se aloja, como bien la identificaron los de Frankfurt, su vocación emancipadora. Elaboran las humanidades una idea alternativa acerca de lo que somos, así como sobre las consecuencias que tiene esa idea para el planeamiento y la ejecución de nuestros actos. El humanismo no es otra cosa: una idea (no es un universal metafísico, sino un acuerdo histórico, entiéndaseme bien) que los modernos nos hemos hecho respecto de lo humano y su valor no en razón de lo que producimos, sino por lo que pensamos que somos. Y ello en una escala creciente, en virtud del grado de civilización que hayamos sido capaces de alcanzar después de darnos cuenta de que si es cierto que el hombre es el lobo del hombre, también lo es que ese lobo es muy capaz de autorreprimirse, de corregirse y de contener a causa de ello sus peores tendencias. Para no remontarme hasta la doctrina precristiana y cristiana de la igualdad de las almas, la que inspiró al padre Bartolomé de las Casas y que según dice Noël Salomon también tiene un eco en el humanismo de Martí, las bases filosóficas de su versión moderna y laica aparecieron en el Renacimiento, se consolidaron con los pensadores de la Ilustración, tuvieron un momento de gloria en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1789 y, con posterioridad, han sobrevivido y se han ampliado en batallas innumerables.

4. Slavoj Žižek. *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*, tr. Damià Alou. Barcelona. Anagrama, 2016, p. 22.

De ahí que en el siglo XXI estemos hablando sobre y abogemos por la implantación jurídica de los derechos humanos de segunda, tercera, cuarta y hasta quinta generación. Estos nuevos derechos humanos son un avance más en nuestro camino hacia una existencia civilizada de verdad, o sea, son una prueba del arraigo y enriquecimiento que la idea de lo humano ha ido ganando en la conciencia de la gente de este tiempo. Me refiero a los derechos sociales y culturales, a los que conciernen a la igualdad y a la fraternidad (podríamos denominarlos, quizás, derechos universales) y a los que se vinculan con el desarrollo de los nuevos descubrimientos científicos, biológicos, físicos, de las comunicaciones, etc., así como a sus efectos en la población. La Organización de las Naciones Unidas los ha explicitado en una serie de documentos, como los pactos de Nueva York de 1966, sobre Derechos Civiles y Políticos y sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales, que fueron seguidos por otros, como la Declaración sobre el Derecho al Desarrollo, del 4 de diciembre de 1986; el Programa de Acción de Viena, de 1993; y la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social de Copenhague, de 1995. Todo ello a partir de la idea originaria, aquella según la cual, por su dignidad innata, la persona humana es titular de derechos y, por ende, merecedora del respeto de los poderes públicos y privados, estatales y supraestatales.

Derechos que por lo tanto no son para llenarle los bolsillos a nadie sino para hacer que nuestra corta residencia en la tierra sea más gratificante. Los tres principios que constituyen el soporte de donde arrancan los distinguió la Revolución Francesa o, más precisamente, estableció el equilibrio que debiera existir entre ellos. El equilibrio de la libertad con la igualdad y la fraternidad. Cualquier hipertrofia de uno a expensas del debilitamiento de los otros dos modifica el sentido profundo del acuerdo subyacente y desencadena, por lo tanto, el malestar individual y social.

De ese modo es como las humanidades modernas dan origen a la cultura moderna, a la que yo pienso que no podemos entenderla si no es en los términos de un mediador simbólico a través del cual los sujetos de esta época nos relacionamos con una realidad que sabemos que no nos será nunca accesible empíricamente, mediante el conocimiento que nuestros sentidos tienen de ella. Además, la cultura moderna no es una ni neutra, lo que quiere decir que nuestro comercio con lo real tampoco lo es. Así, si en el nivel de la economía nuestro enemigo actual es el capitalismo de las transnacionales, en el de la cultura es el aparato simbólico de ese capitalismo, o sea, el ideologismo neoliberal.

Proponer una alternativa para el primero nos obliga a pronunciarnos críticamente respecto del segundo. Me refiero a la necesidad que tenemos de poner término al egoísmo individualista que se halla inscrito en la agenda liberal desde sus orígenes, pero que el neoliberalismo ha empujado hasta el delirio. Eso no solo porque el neoliberalismo es impermeable a las privaciones del que sobrevive en los márgenes

del sistema, sino porque con frecuencia percibe a ese “otro” como a un obstáculo para su éxito, como una rémora a la que es preciso sacar del camino. Es lo que ocurre con los pueblos originarios, con los viejos, con los sin casa, con los minusválidos, con los inmigrantes y, gradualmente, también con los trabajadores activos (estos últimos en la medida del desempleo y el subempleo que son consecuencia de la automatización gradual del trabajo, del reemplazo del trabajador por la máquina). Si ellos no producen nada o si lo que producen no es transable en el mercado y transable ventajosamente, nada merecen o merecen muy poco. No son personas dignas de aprecio, son insumos fallidos o gastados.

Y un par de ejemplos más:

¿Dónde, si no es en los reductos de los más vulnerables, en los guetos donde en nuestras ciudades se hacían los pobres o en los asilos en que los viejos se contagian el virus unos a otros, donde el Covid-19 golpea más fuerte?

Por otro lado: ¿qué va a pasar cuando aparezca finalmente una vacuna y esa vacuna se cotice en el mercado y su propiedad le sea adjudicada a quienes den más por ella? Las transnacionales de los medicamentos están ya en carrera para llegar a esa meta.

No otra es la excrecencia ideológica última de un orden económico degradado y degradante, convertida en materia de sentido común. Es por eso que para el capitalismo de nuestro tiempo la justificación de la perduración de las humanidades en el ámbito público o de su enseñanza en las escuelas, cuando condesciende a tolerarla, se reduce a que ellas y el conocimiento que entregan se ponga a su servicio. Y si no lo hacen —y lo más probable es que no lo hagan, pues en rigor, si hablamos de un quehacer humanista genuino, ello constituiría una contradicción en términos—, que se las pervierta, restringiéndoles su campo de acción, encargándoles el embellecimiento de los espacios públicos y privados y/o la distracción de las multitudes.

Contemporáneamente, cuando estamos siendo víctimas de una nueva oleada instrumentalizadora, como deriva de la crisis que desde hace cincuenta años aqueja al sistema económico mundial y de las estratagemas cada vez más agresivas a las que este recurre para reenergizarse, la relación inversamente proporcional a la que yo me referí al comienzo de estas notas se exacerba. La expansión de las operaciones del capitalismo hacia comarcas del globo que no habían sido incorporadas hasta ahora dentro de la órbita de sus actividades o que no lo habían sido suficientemente, que es el origen de las guerras en el Oriente Medio, por ejemplo, algo que acontece al mismo tiempo que se refuerzan los mecanismos para la extracción de plusvalía al interior de aquellas comarcas que ya se encuentran bajo su dominio —la automatización y

el envejecimiento del trabajo, el desempleo y el subempleo crónicos, la devastación medioambiental, la inducción de nuevas necesidades en la gente, el consumo necio o suntuario, etc. —, son las dos medidas con que el orden capitalista, en esta la fase declinante de su trayectoria histórica —y que como digo ha sido su derrotero desde hace medio siglo, pero que se acelera en los últimos diez o doce años, desde el terremoto financiero que desató en el 2007 la quiebra de Lehman Brothers hasta la guerra comercial entre China y Estados Unidos—, pretende salir del atolladero.

Por insensato que pueda parecer, esto nos pone frente a un actuar tautológico: la tentativa de los *managers* de sobreponerse a la crisis por medio de una reincidencia, más enérgica que nunca, en lo mismo que la engendra. No solo no renuncia el capitalismo contemporáneo a sus tropelías de costumbre, sino que, en este, que es el tiempo de su decadencia, las multiplica *ad infinitum*. Un ejemplo claro es el reajuste contemporáneo de la división internacional del trabajo con vistas a un mayor “crecimiento” económico planetario, que no otra cosa es la globalización. Reajuste de conformidad con el cual los países deben limitarse a producir solo aquello que les permite competir en el mercado global, poniéndose fuera del alcance de la humanidad periférica la oportunidad de que la mayoría de los ciudadanos adquieran saberes y se involucren en prácticas cuya sofisticación sea mayor a la que requieren la extracción y exportación de recursos primarios. La penuria de la investigación científica en esos mismos países es un coletazo de esta limitación. Chile destina apenas el 0,36% de su producto bruto a esta tarea, Alemania el 2,94, Japón el 3,14, Suecia el 3,25 e Israel el 4,25. No he logrado averiguar a cuánto asciende el presupuesto para el cultivo de las humanidades en Chile, pero si el dinero total que nuestro país destina a la investigación en general es de un 0,36% del PIB, ¿será una exageración pensar que las humanidades no se llevan, que no pueden llevarse en ningún caso, mucho más del 0,10%?⁵

-
5. Me llama la atención mi colega Lucía Stecher sobre la reciente reducción que, “con el fin de combatir el avance del Covid-19, de enfrentar sus impactos y de adoptar medidas que apunten a reducir gastos y financiar programas sociales y sanitarios, el gobierno [de Chile] anunció un plan de austeridad que involucra reasignación presupuestaria a todas las carteras y servicios del Estado [...] Con ello, **se suspenden durante 2020 las convocatorias nuevas de todas aquellas líneas de financiamiento destinadas a cooperación internacional** como: viajes, cursos cortos y de mediana duración en el extranjero. Esta medida impacta a los concursos **Modalidad Estadias Cortas (MEC), Redes, Becas Chile** y cursos de idioma. Lo anterior significa que se suspenden las convocatorias 2020 **de Becas de Magíster en el Extranjero, Becas de Magíster en el Extranjero Áreas prioritarias, Becas de Magíster en el Extranjero para Personas en Situación de Discapacidad, Becas de Magíster en el Extranjero para Profesionales de la Educación, Beca de Subespecialidad Médica en el Extranjero y Beca de Postdoctorado en el Extranjero**, ya que este contexto extraordinario ha obligado

También, en los arrabales del mundo, el panorama que he descrito se hace más grave por las restricciones que el proceso globalizador nos inflige por medio de los decretos que emiten sus gendarmes. Me refiero a los que nos imponen los tratados de libre comercio, las instrucciones del Banco Mundial, las del Fondo Monetario Internacional, las de la Organización Mundial de Comercio, las de la Oede y las del G5 o el G7, para no hablar de las empresas medidoras de “riesgo país” como J. P. Morgan Chase o Standard & Poor’s. Pero lo peor de todo es que, objetiva y francamente, en un país como es Chile, cuyos ingresos dependen abrumadoramente de las exportaciones de media docena de productos primarios, uno solo de los cuales contribuye con el 50% de lo que se envía al exterior, lo que es el equivalente a un 10% del PIB, *no puede constituir una prioridad educar a la mayoría de sus habitantes ni menos aún educarlos en el cultivo de las humanidades.*

Se trata de gente a la que bastará con pertrecharla con unas pocas competencias elementales para la ejecución de faenas asimismo elementales. Se nos asegura, por ejemplo, a los chilenos que con el dinero que generan las exportaciones primarias compraremos en el exterior todo lo demás que pudiéramos necesitar, desde los zapatos que calza el ciudadano de a pie hasta los automóviles que usan los que pueden adquirirlos y, por cierto, también el conocimiento de alto rango. Entre tanto, debemos contentarnos con saber y con hacer chambas menores, incluso si nos consta que hasta hace cincuenta años podíamos saber y hacer mucho más. El raciocinio de José Enrique Rodó en 1900, que él expuso para combatir los criterios cientificistas y tecnocráticos con que principalmente el positivismo comteano y spenceriano estaban recortando las políticas culturales y educacionales latinoamericanas (“mutilándolas” era su verbo), no solo no ha perdido vigencia, sino que es probable que la tenga hoy más que entonces. Porque el positivismo de ayer es el neoliberalismo de hoy, y este no es sino un nieto aplicado del otro: el heredero que corrige y perfecciona las habilidades de su antecesor. Uno fue y el otro

a tomas medidas profundas. Asimismo, se decidió **suspender todas aquellas convocatorias** de investigación asociativa que no corresponden directamente a centros, como en el caso de **Anillos**, los que no tendrán concurso este año. Se suspenden, además, las **iniciativas de tesis en la industria y de inserción en la industria**”. La negrita es del anuncio oficial. En línea: <https://www.anid.cl/2020/04/27/ministerio-de-ciencia-anuncia-repriorizacion-de-recursos-y-actualizacion-de-concursos-de-anid-por-crisis-sanitaria/> ¿Me pregunto: ¿a cuánto bajará con esto el 0,36 por ciento del PIB asignado actualmente a investigación? Vuelvo a preguntarme: a la línea aérea privada y transnacional Latam, que comunicó el 4 de marzo que iba a distribuir a sus accionistas las utilidades de 2019, por 190.4 millones de dólares, 5% más respecto de 2018, pero que al mismo tiempo le está pidiendo apoyo financiero al Estado chileno para reactivarse, ¿cuánto de nuestro PIB podría tocarle?

es la ideología del capitalismo, cada uno en un tramo determinado de la trayectoria del sistema.

Para una política económica de este tipo, si la investigación en ciencias duras que se hace en la periferia ha devenido en un capricho injustificado y prescindible, es obvio que la investigación en humanidades lo será más todavía. Con el agravante de que en el caso de las humanidades estas tienen el potencial, aun sin proponérselo, y porque como ya lo he dicho, constituyen la antítesis, por principio al orden instituido, de transformarse más temprano que tarde en una barricada enemiga.

El presidente brasileño Jair Bolsonaro, quien no va a pasar a la historia por sus finas maneras, lo sabía muy bien cuando en abril de 2019 ordenó disminuir la inversión estatal en las facultades de filosofía de las universidades públicas de su país y reorientarla “enseñando a los jóvenes lectura, escritura y a hacer cuentas y, luego, un oficio que genere ingresos para la persona y bienestar para la familia, que mejora la sociedad a su alrededor”⁶. Este mismo practicismo cerril lo extendió el capitán Bolsonaro posteriormente a otras facultades universitarias y a otras áreas de la educación y sin abstenerse de amenazar con las penas del infierno a aquellos docentes que osaran desconocer lo ordenado por su gobierno. Ponía así a salvo a los jóvenes brasileños de enseñanzas que si no eran sospechosas, eran al menos superfluas⁷. En cuanto a Chile, algunas de las decisiones del Consejo Nacional de Educación (Cned), refrendadas por el Ministerio de Educación (Mineduc), que expulsan a la historia de la lista de las asignaturas obligatorias y la ponen entre las

-
6. “O Ministro da Educação @abrahamWeinT estuda descentralizar investimento em faculdades de filosofia e sociologia (humanas). Alunos já matriculados não serão afetados. O objetivo é focar em áreas que gerem retorno imediato ao contribuinte, como: veterinária, engenharia e medicina [...] A função do governo é respeitar o dinheiro do contribuinte, ensinando para os jovens a leitura, escrita e a fazer conta e depois um ofício que gere renda para a pessoa e bem-estar para a família, que melhore a sociedade em sua volta”. Twitter de Bolsonaro, 26 de abril de 2019.
 7. El 4 de junio de 2019, cinco ex-ministros de educación del Brasil, de los gobiernos de Fernando Collor de Mello, Itamar Cauterio Franco, Fernando Henrique Cardoso, Lula da Silva y Dilma Rousseff, independientemente de sus respectivas posiciones políticas, dieron a conocer una declaración en la que rechazaban las medidas punitivas y los recortes presupuestarios impuestos en el área por el gobierno de Bolsonaro. En uno de sus párrafos, señalaban textualmente: “Invitar a los alumnos a que filmen a los profesores para castigarlos, es una medida que sólo empeora la educación sometiéndola a una censura inaceptable. Tratar a la educación como una ocasión para el castigo es exactamente lo contrario de lo que debe hacerse. Cortar los recursos para la enseñanza básica y la superior, en el volumen que se anuncia, dejará heridas que demorarán en curarse”. En línea: <http://www.rfi.fr/es/contenu/20190604-exministros-brasilenos-de-educacion-denuncian-orientaciones-de-bolsonaro>

optativas para los estudiantes de los últimos años de la secundaria, obedecen a ese mismo criterio.

En resumen: cuando se desea promover en nuestros países un cultivo serio y responsable de la filosofía, la historia, el lenguaje y demás, cuando lo que se busca es diseminar su conocimiento a través de la enseñanza media y superior o de su investigación de buena calidad, a los perpetradores de las políticas públicas o bien eso no les gusta, porque lo consideran un despilfarro inadmisibles, o les resulta inquietante, pues sienten que desde ahí podría emerger un cuestionamiento informado y crítico de sus decisiones. Cuestionamiento, hoy mismo, de decisiones tan absurdas como son las del estadounidense Donald Trump, el que le recomienda a la gente inyectarse desinfectantes para detener el Covid-19 mientras que su país acumula un tercio de los contagiados y los muertos en el mundo (hoy, 16 de mayo de 2020, 1.443.188 en un total mundial de 4.542.752 contagiados y 87.559 muertos en un total mundial de 307.696. Y se espera que el número de muertos estadounidenses supere los 100.000 a partir del 1 de junio), o como las de un Jair Bolsonaro, que lidera ese ranking monstruoso en América Latina (según cifras oficiales y en nada confiables: 202.918 contagiados y 13.993 fallecidos).

Cuestionar ese tratamiento del virus es pues, *también*, una tarea las humanidades.

Porque es evidente, en este momento en que escribo, la existencia de una contradicción entre, por un lado, la estrategia de algunos gobiernos para eliminar la pandemia del Covid-19 (o por lo menos para atenuarla, para “aplanar la curva”, según la jerga que manejan los expertos), consistente en una cuarentena mayor o menor de la población a su cargo, privilegiándose esa estrategia por sobre aquella que favorece la pronta puesta en marcha de la economía, y por el otro, la que se mueve en el sentido contrario, es decir, la de aquellos gobiernos que optan por sacar la gente a la calle y echar a andar la maquinaria económica al más breve plazo, priorizando así a la economía por sobre cualesquiera sean las recomendaciones preventivas y desacreditando por lo mismo el confinamiento y la paralización de actividades. No voy a dar ejemplos, porque todos los conocemos.

Estamos pues, de nuevo, frente a la misma contradicción a la que me he referido en este escrito, la que tiene que ver con la definición de la magnitud y calidad de lo humano. Si se piensa en los seres humanos de la manera mutilada en que el capitalismo lo hace, de preferencia como productores, compradores y consumidores de mercancías, y se subordina de ese modo la vida de las personas a la pujanza del negocio, una estrategia de enfrentamiento al Covid-19 que disponga un retorno apresurado a la “normalidad”, aunque a esta se la describa hipócritamente como una “nueva normalidad” (también, como un “retorno seguro”), es consecuente. Pondrá en riesgo la salud de la población y será antagónica al buen juicio de la mayoría de los científicos y a las recomendaciones de la Organización Mundial de

la Salud, pero se la proclama inevitable y, lo que es peor, justificable cuando lo que se ha priorizado son los “beneficios” que trae consigo el crecimiento económico.

(Este raciocinio se puede trasponer al debate medioambiental: si se piensa a la naturaleza como un Caliban inferior al hombre y cuya única razón de ser es servirlo, la crisis actual del medio ambiente, desde la deforestación amazónica al calentamiento de la Tierra debido a las emisiones de CO₂, es consecuente, inevitable y también justificable, porque es una crisis ventajosa económicamente. Si por otra parte se piensa al ser humano como unido a la naturaleza, como naturaleza él mismo, y no como su superior y su depredador, existe al menos una mínima esperanza de que podamos rectificar ese curso funesto).

Pero aún más de fondo es el que la contradicción de hoy anticipa otra de mañana, al cabo de la cual lo que debiera decidirse es qué vamos a hacer una vez que la pandemia haya cedido. Me refiero a la pregunta sobre si vamos a volver entonces al mismo estado de cosas en que nos encontrábamos antes y del que los chilenos estábamos tratando de salir fogosamente o si vamos a empeñarnos en dar nacimiento a un nuevo proyecto histórico, más igualitario, más fraternal, *más humano*. Porque no cabe duda de que quienes han hegemonizado el poder hasta ahora van a emplear todos los instrumentos con que cuentan para reponer el statu quo anterior. Contra la evidencia que demuestra que a los países en que impera una economía de mercado desbocada, una gobernanza política tramposa y una cultura de la sobrevivencia del más fuerte les ha ido con la pandemia peor que a aquellos donde eso no ocurre, el poder en ejercicio procurará recrear las condiciones que a nosotros nos condujeron a ello. Ese y no el Covid-19 es, pienso yo, el enemigo principal.